



OBISPO DE CARTAGENA

Apertura del Año Jubilar del Corazón de Jesús en Monteagudo Solemnidad de Cristo Rey del Universo

Terminamos el Año Litúrgico con una mirada de asombro y de gratitud dirigida a Cristo Jesús, al Rey del Universo. Un Rey muy especial, paradójico, que reina desde la cruz, y cuyo misterio nos ayuda a entender las tres lecturas de hoy, con la perspectiva de un Reino que todavía no se manifiesta, sino que se está gestando y madurando hasta el final de los tiempos.

La figura de David en la primera lectura es entrañable porque nos anticipa al futuro Mesías. Si ya de él se puede decir: «Tú serás el pastor de mi pueblo, Israel», nosotros sabemos que esta realeza se cumple de un modo mucho más pleno y profundo en Cristo Jesús. Nos lo ha explicado con entusiasmo san Pablo, que Cristo es imagen de Dios, primogénito de todo el cosmos, cabeza de la nueva humanidad, el primero en todo, en el que reside la plenitud de la vida y que el Padre «nos ha trasladado al reino de su Hijo querido» y nos hace compartir con él las riquezas de su luz y su libertad. La fiesta de hoy nos invita a mirar con entusiasmo hacia nuestro Salvador, el Rey escatológico del Universo: o sea, el que está destinado a manifestarse en el futuro como centro y meta de todo lo que existe.

La paradoja de un Rey clavado en la cruz nos recuerda lo que Jesús había dicho a Pilato: «Mi reino no es de este mundo». Él tuvo que ir corrigiendo la idea de realeza y de mesianismo que tenían sus discípulos. Cuando le quisieron nombrar rey, después de la multiplicación de los panes, se escapó. Él no había venido a ser servido, sino a servir y a dar su vida por todos. De él se dijo que «pasó haciendo el bien»: consolando, perdonando, curando, atendiendo, comunicando esperanza, dando testimonio de la verdad. Esa es su realeza.

Nuestra actitud, en nombre de Cristo, no deberá ser la del dominio, sino la del servicio. No la del prestigio político o económico, sino la del diálogo humilde y comunicador de esperanza. Evangelizamos más a este mundo con nuestra entrega generosa que con nuestros discursos. Eso lo demuestra el buen ladrón, clavado junto a Él en una cruz, que, al verle, se fía de Él y le dice: «Jesús, acuérdate de mí cuando llegues a tu reino». Así expresó este hombre su fe. Nos enseña a mirar hacia ese Cristo con ojos profundos, inspirados por el Espíritu de Dios.

Hermanos de Monteagudo, vosotros tenéis una tarea muy hermosa este Año Jubilar, porque vais a ser anfitriones de todos los que se acerquen aquí con la intención de ver el rostro misericordioso de Jesús, de todos los que han decidido buscar a Dios para sus vidas,

de todos los que quieran conocer al que nos ha dicho que nos amó primero. Venir a esta parroquia hoy es ya haber elegido, con una elección libre, pero es haber elegido a Cristo. Este es vuestro secreto, esta es vuestra historia individual y de grupo, este es el resultado de este encuentro en el que vuestra voluntad y vuestro instinto vital se ha encontrado con Uno, no solamente más fuerte que vosotros, sino con Uno que inmediatamente se ha revelado con un secreto encanto de belleza, de bondad, de cercanía, de coloquio, al que había que rendirse necesariamente por su seducción de irresistible verdad y de incomparable felicidad: ¡con Cristo!, como dice el Papa León. Como hermano vuestro os felicito de verdad y os digo con seguridad que habéis elegido bien, que no hay otro camino mejor que Cristo. Claro, que vosotros ya vivís aquí y todos los días os encontráis con el regalo de sentir cerca de vosotros al mismo Señor, cuya mirada abarca a todos los pueblos de Murcia y de su Región. Vosotros sois unos privilegiados y entenderéis perfectamente las palabras del Papa Francisco cuando nos hacía referencia a la devoción al Corazón de Jesús y su encuentro con Él: «En Él nos volvemos capaces de relacionarnos de un modo sano y feliz, y de construir en este mundo el Reino de amor y de justicia. Nuestro corazón unido al de Cristo es capaz de este milagro social»¹.

Que no os extrañe que la Iglesia en este día os pida que seáis siempre faros y signos de esperanza y de paz para todos los que se acerquen este año por aquí. Pensad también que el mundo os mira y os dice: nosotros también queremos compartir la misión, anunciar a Cristo, porque al veros cómo nos habéis tratado, hemos comprobado que, verdaderamente, tenéis a Cristo en vosotros.

¡Mucho ánimo! Mantened los oídos abiertos, escuchad con atención la Palabra de Dios, porque seguro que os pedirá que penséis qué cosas podéis hacer más por los demás, cómo les podéis ayudar a conocer al Señor, a saber construir la comunidad o a encontrar el verdadero sentido de la vida, a perdonar, a renovar la fidelidad y la caridad, porque hay tantas personas que sufren diversas experiencias de depresión o tristeza, que necesitan descubrir que el amor misericordioso de Dios es realmente capaz de curar, de recuperar la alegría.

Os deseo a todos vosotros una bella experiencia en este día. Rezamos por vosotros y por vuestras familias. No os canséis, ni caigáis en brazos del pesimismo, porque hay mucho por hacer y tenéis una responsabilidad muy grande: dar a conocer la razón más poderosa de vuestra alegría a los que os rodean: ¡Cristo!

+ José Manuel Lorca Planes
Obispo de Cartagena

¹ PAPA FRANCISCO, Carta Encíclica *Dilexit nos*, 28.